

Tecnología y subjetividad o de cómo el sueño de la libertad ilimitada se convirtió en la pesadilla de la vigilancia total.

Susana Martins

El Big Data anuncia el fin de la persona y de la voluntad libre.

Nuestro futuro dependerá de que seamos capaces de servirnos de lo inservible, de la singularidad no cuantificable y de la idiotez de quien no participa ni comparte¹.

El avance de la tecnología trajo aparejada, al menos, dos promesas: la de la plena democratización de la información y la de la libertad de elección individual. Había allí el despliegue de una ilusión de sujeto que, liberado de los relatos configuradores de un orden específico que le asignaba un rol determinado, tomaba las riendas de su condición y se disponía, a partir del acceso ilimitado al mundo, a conocer todo y a elegir entre todas las opciones posibles de la felicidad. Hoy, a más de 20 años del desarrollo de la web 2.0, cada vez más nos encontramos con miradas apocalípticas de lo que finalmente la tecnología ha hecho con nosotros y cómo ha desplegado nuevos mecanismos de captura de la subjetividad, transformándonos en nuevos esclavos del siglo XXI.

¿Qué fue lo que falló?

Byung-Chul Han, filósofo coreano especialista en cultura digital arriesga algunas hipótesis *“Al principio se celebró la red digital como un medio de libertad ilimitada (...) esta euforia inicial se muestra hoy como una ilusión. La libertad y la comunicación ilimitadas se convierten en control y vigilancia totales (Han: 2014; 21)*

La promesa de la plena libertad devino sofisticación de autocontrol. El panóptico foucaultiano que se erigió como metáfora moderna del rol de las instituciones en el

¹¹ Han, Byung-Chul (2014) Psicopolítica. Herder, Barcelona.

moldeamiento del sujeto del siglo XX, no solo se introyecta sino que adquiere dimensiones y perspectivas nunca vistas. El poder se vuelve amable, ya no necesita la fuerza para coaccionar, ahora el sujeto se convierte en su propio vigilante y en el de los demás. El poder se vuelve amable y doblemente peligroso, porque lo perdemos de vista.

“Los residentes del panóptico digital se comunican intensamente y se desnudan por su propia voluntad. Participan de forma activa de la construcción del panóptico digital. La sociedad del control digital hace un uso intensivo de la libertad (...) la entrega de datos no sucede por coacción, sino por una necesidad interna. Ahí reside la eficacia del panóptico”. (Han: 2014, 21)

Necesidad interna de compartir información sobre sí. Compulsión a publicar (y a chequear). Adicción. ¿Cómo es posible que se desarrolle una conducta tan adictiva en sujetos que han vivido más de la mitad de sus vidas sin pantallas personalizadas y, en pocos años, ya no pueden vivir sin sus celulares? ¿Dónde reside la trampa para que lo que puede ser un ejercicio de la voluntad se convierta en una *necesidad interna*?

Natalia Zuazo responde a esta pregunta con la descripción del funcionamiento de las burbujas de filtro y algunas de sus consecuencias.

“Las burbujas de filtro nos introducen dinámicas a las que no nos habíamos enfrentado antes y con eso nos imponen cuatro consecuencias: la soledad (...) la falta de decisión (...), la opacidad y (...) la limitación de nuestra visión del mundo” (Zuazo: 2018)

La burbuja se construye respetando el principio de placer por el cuál filtrar aquello que nos moleste y elegir por nosotros garantiza una zona de confort donde vamos a permanecer mucho tiempo, un tiempo que además la red convertirá en dinero. Un mundo feliz sin disgustos ni contradicciones. Sin otros que se conviertan en nuestro infierno ni interrupciones que pongan en crisis nuestras creencias. Los algoritmos de las redes se encargaran de todo y, al mismo tiempo, desarrollaran componentes adictivos que cada vez nos impidan más retirarnos a buscar otras visiones.

Zuazo cita a Danah Boyd cuando afirma que “Nuestro cuerpo está programado para consumir grasas y azúcares porque son raros en la naturaleza. Del mismo modo estamos biológicamente programados para prestar atención a las cosas que nos estimulan (...) Si no tenemos cuidado, vamos a desarrollar el equivalente psicológico a la obesidad.”

Atentos a este componente adictivo han surgido en el último tiempo algunos relatos que promueven la desconexión, en diversos grados, como paliativos a fobias y conductas patológicas que se desprenden de la permanencia constante en redes sociales.

Al respecto es interesante rescatar la filosofía de Carl Honoré, más conocido como el gurú de la lentitud. Honoré escribió hace ya 15 años el libro “Elogio de la lentitud” y hace un tiempo en una visita a la Argentina dijo que “el movimiento slow ha pegado un salto impresionante en estos últimos años y no me extraña, porque lo necesitamos ahora más que nunca” Recordemos que la idea básica del movimiento slow es hacer las cosas al ritmo correcto, *el tempo giusto*, por ello frente a la pregunta de cómo se articula la cultura slow con el auge de los dispositivos tecnológicos, Honoré reconoce que “este aparato es indispensable, super útil, divertido. Yo no podría vivir sin mi iPhone, pero tiene, como todo, un botoncito. Uno puede apagarlo, apagar las notificaciones al menos, empezar por un pequeño cambio en nuestra relación con la tecnología y con el instante, que genere cambios más profundos. Yo también me había dejado esclavizar, todos somos frágiles, caemos en estas trampas, pero disfruto mucho más de mi iPhone ahora: mis palabras favoritas son "modo avión". Claro, no hay una sola receta: mi camino hacia la lentitud no es el mismo que el tuyo. Cada uno decide cuándo y cómo apagar”.

La propuesta es, básicamente, “*reconectar con nuestra tortuga interior*”, recuperar la capacidad de administrar nuestros propios tiempos, sin caer en la ansiedad ni en la frustración que provoca la velocidad y la demande permanente de visibilidad de las redes.

Idiotas que no participan ni comparten.

En cuanto al valor desmedido de la información que circula, Han alerta sobre los modos en que esa información circula y los valores de los que se carga. Surge de nuevo el debate entre la velocidad y la lentitud.

“La información es una positividad que puede *circular sin contexto* por carecer de interioridad...También a las personas se las *desinterioriza*, porque la interioridad obstaculiza y ralentiza la comunicación” (Han, 2014).

La interioridad (¿la privacidad?) impide la velocidad. Nos convertimos en sujetos sin interior para poder circular mejor, más fluidos. Nos disponemos a entregar toda la información que poseemos de manera voluntaria y haciendo gala de una libertad ficticia y una transparencia cargada de valor positivo. Estamos llamados a ser sujetos ajenos a la manipulación que se ejerce sobre nosotros. Sujetos conformes. Más sujetados que nunca a dispositivos neoliberales que capturan la subjetividad para operacionalizarla en virtud de las demandas del mercado.

“Todo dispositivo, toda técnica de dominación genera objetos de devoción que se introducen con el fin de someter (...) el *Smartphone* es un objeto digital de devoción, incluso un *objeto de devoción de lo digital* en general (...) sirve para examinarse y controlarse a sí mismo” (Han, 2014, pag.26)

Devotos de la tecnología y la conexión a la que le otorgamos una presencia manipuladora infinita.

Un estudio de la Mobile Regional Insights reconoce que Argentina es el país latinoamericano donde más teléfonos inteligentes hay por habitante: 39,9 millones de usuarios únicos de teléfonos celulares.

Pero eso no es lo peor.

Un 11% de los encuestados revisa el celular más de 200 veces al día, muy superior a otros países donde la media ronda 5 por ciento. Un 9% revisa sus móviles 100 veces o más. En el transcurso de la primera hora, desde el momento en que se despiertan, el 95% de las personas consultan sus teléfonos. Una hora antes de dormir, el 90% lo mira por última vez.

Devoción y adicción. ¿Cómo separar la una de la otra? ¿Qué puede haber cambiado en el mundo entre la última vez que miramos la pantalla y la próxima? Sencillamente nada. La necesidad vital está en nuestra mente, en nuestra propia

percepción del tiempo. Cada consulta al teléfono es una nueva masa de datos que circula. Una entrega más al Dios Big Data. Un juego en el que creemos jugar y en el que al final, juegan con nosotros. Si fuéramos Cortázar podríamos decir *No te regalan un celular, tú eres el regalado, a ti te ofrecen para el cumpleaños de la maquinaria de recolección de información.*

Pero además, las redes funcionan como plataformas privilegiadas donde se despliegan todas las posibles narrativas del yo. Allí nos contamos, jerarquizamos nuestros gustos, mostramos al infinito el universo ficticio que actúa como escenario de vida. Espectamos y al mismo tiempo somos espectáculo. A veces, *voyeurs*. La vida digital se convierte ya no en un espacio otro sino en el principal lugar de nuestra vida: por el tiempo que transcurrimos en él, por la naturaleza de los vínculos que establecemos, por el grado de placer que adquirimos.

De este lado de la pantalla, como en el Axolotl de (nuevamente) Cortázar, nos quedamos mirando cómo los otros viven (y cuentan su vida) convencidos de que somos nosotros los que estamos del lado de afuera de la pecera.

Espiar la vida del otro (su habitación, su ropa, sus objetos, su familia) nos sitúa en el lugar del puro espectro: espectador de la propia vida. Perfecta excusa para no vivirla. Fantasía de vivencia. No soy yo pero podría serlo. No es mi vida pero podría serlo. Para qué vivir la mía si puedo *espectar* la de otro. Culminación de la trampa. Excusa de la inacción.